

CAPÍTULO VII.

EL DOCE POR CIENTO DEL TÍO GUISOTE.

Pasaron los dos amigos por delante de Salvador, y como si hubiesen olvidado que Salvador debía ser su árbitro en un negocio del mayor interés, se contentaron con saludarle respetuosamente.

Salvador, que ignoraba qué disensión les dividía, y qué honor pensaban hacerle, les devolvió su saludo con una ligera inclinación de cabeza.

Entraron los dos en la taberna, y buscaron con la vista á Bartolomé Lelong; pero Bartolomé Lelong aun no había llegado.

— Pues bien, dijo Zancadilla, aprovechémonos de la tardanza de Bartolomé para exponer nuestro asunto á Mr. Salvador.

— Enhorabuena, dijo Guisote, que por el contrario tenía traza de no desearlo gran cosa; pero me parece que, mientras tanto, se podría consumir una copa de aguardiente.

Entonces, tú pagas, porque en cuanto á mí, ha sido mala la noche.

— Seguramente, dijo Guisote.

— Mozo, dos copas de aguardiente, y el *Constitucional*.

Llevó el mozo las dos copas, las llenó hasta que rebosaron bastante en los platillos, dió el *Constitucional* á Guisote, y se alejó llevándose la botella.

— ¡Eh! dijo Guisote, ¿qué haces?

— ¿Yo? preguntó el mozo.

— Sí, tú.

— ¿Qué he de hacer? Os sirvo lo que habéis pedido; habéis pedido dos copas y el *Constitucional*, y os doy el *Constitucional* y dos copas.

— ¿Y te llevas la botella?

— Sin duda.

— ¡Pues bien! boquirrubio, déjame decirte que no se trata así á los parroquianos.

— ¿Boquirrubio?

— He dicho boquirrubio.

— Ha dicho boquirrubio, dijo Zancadilla.

— ¿Y cómo se trata con los parroquianos? preguntó el mozo que sólo hubiera insistido, si Guisote hubiera negado.

— Se deja la botella, haciendo una señal á la altura de la bebida, y al marchar, lo que se haya bebido, bebido estará.

— ¡Pardiez! repitió Zancadilla, lo que se haya bebido, bebido estará. Eso es claro.

— ¿Y cuál de los dos paga? preguntó el mozo.

— Yo, dijo Guisote.

— En ese caso es otra cosa.

Y puso la botella ente los dos amigos.

— Di, pues, muñeco, dijo Zancadilla.

— ¿Es á mí á quien habláis? preguntó el mozo.

— ¿Pues á quién?

— ¿Pues bien, qué queríais decir?

— Quería decir, que tu observación no era cortés.

— ¿Qué observación?

— Has dicho: en ese caso, es otra cosa.

— ¡Pues bien! si: ¿después?

— ¡ Pues bien ! después, eso no es cortés. Es uno tan bueno como *Mr. Guisote* para responder de tu botella de aguardiente.

— Es posible, dijo el mozo, pero tengo órdenes...

— ¿ Órdenes de quién ?

— Órdenes del patrón.

— ¿ De *Mr. Robinet* ?

— De *Mr. Robinet*.

— ¿ Ha prohibido *Mr. Robinet* que se me fie ?

— No, pero me ha ordenado que no se os venda más que al contado.

— En horabuena.

— ¿ Os contenta eso ?

— Sí. El honor está satisfecho.

— Entonces, no sois difícil de contentar.

— Á tu salud, *Zancadilla*, dijo *Guisote*.

— Á tu salud, *Guisote*, dijo *Zancadilla*.

Y los dos atacaron á su vaso de aguardiente, cada cual según su carácter.

Zancadilla echándolo en su garganta, como hubiera echado una carta en el buzón del correo.

Guisote bebiéndolo poco á poco.

— ¿ Has visto el Boletín de la Bolsa de ayer ? preguntó *Guisote*; yo no lo he visto.

— Bien sabes que yo no sé leer, respondió *Zancadilla*.

— ¡ Ah ! es verdad, dijo *Guisote* con una expresión de desprecio.

— El cinco por ciento se ha hecho á cien francos y setenta y cinco céntimos, dijo un vecino de traje negro, corbata grasienta, cadena de dúblé, de aire dudoso, en una palabra.

— Gracias, *Mr. Guy-d'Amour*, dijo *Guisote*.

Y vertiendo un segundo vaso de aguardiente á *Zancadilla*, dijo :

— Entonces, de seguro hoy hay baja.

— Pondría la mano en el fuego, respondió *Zancadilla* poniéndola en su vaso.

— Entonces, tengo deseo de comprar, dijo *Guisote* con el aplomo de un antiguo agente de cambio.

— Yo compraré, dijo fastuosamente el traperero.

Y envió el segundo vaso de aguardiente á unirse con el primero.

Guisote le escanció el tercero.

— ¿ Has visto de qué modo nos ha saludado ese fatuo de *Salvador* ? dijo *Guisote*.

— No, no lo he visto, dijo *Zancadilla*.

— Es decir, que es cosa que hace sudar. ¡ Ah ! ¿ se cree el rey de los mandaderos ?

— Creo que se cree más que eso, dijo *Zancadilla*.

— Si fueses de mi opinión, dijo *Guisote* echando el cuarto vaso á *Zancadilla*, arreglaríamos nuestras cuentas como dos verdaderos amigos que somos, sin mezclar á un tercero en nuestros negocios de interés.

— No deseo otra cosa ; pero te prevengo que me altera horriblemente hablar de negocios.

— Entonces, bebamos.

Y *Guisote* escanció el quinto vaso de aguardiente á *Zancadilla*, que comenzó á ver voltear llamas azules delante de los ojos.

— Decía, pues, repuso *Guisote*, que me debias la suma de ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos.

— Y yo decía, repuso *Zancadilla*, que aun no había perdido la memoria, que no te debía más que setenta y cinco libras y diez sueldos.

— ¿Por qué te obstinas en no contar más que el capital?

— Es verdad, dijo Zancadilla alargando su vaso, me obstino en no contar más que el capital.

Guisote llenó el vaso de Zancadilla.

— Pero añadiendo los intereses, hacen un total justo de ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos.

— ¿Cómo una suma de setenta y cinco francos y diez sueldos puede producir en siete meses?...

— En ocho meses.

— ¿Aunque sea en ocho meses, un interés de cien francos y catorce céntimos?

— Vas á verlo. Hace ocho meses que has venido á vivir á mi casa.

— Entonces era feliz, dijo Zancadilla melancólicamente, pensando con qué facilidad soltaba Guisote en aquella época las piezas de quince sueldos.

— Y yo también, dijo Guisote, pensando qué, al mismo tiempo que Zancadilla, había venido á vivir á su casa la señorita Bébé-la-Rousse: ¡qué quieres, mi pobre amigo, se envejece y se declina todos los días!

— Es verdad, dijo Zancadilla, es lo contrario de lo que sucede con las deudas, que se acrecientan cuanto más se envejecen.

— Á causa de los intereses combinados, repitió Guisote. Decía, pues, que hacía ocho meses que habías venido á vivir á mi casa, la que te había alquilado, mediante cinco francos al mes.

— No digo que no.

— Está bien. Desde el primer mes has comenzado á no pagarme.

— Si, era para no tomar una mala costumbre.

— Cinco veces ocho hacen cuarenta.

— Si, solamente que hace un mes que no vivo en tu casa, y por lo tanto, no son más que cinco veces siete treinta y cinco.

— Has dejado una banasta vieja en la habitación, lo que me ha impedido alquilarla, dijo Guisote.

— No tenías más que echarla por la ventana.

— Si, para que dijese que había dentro de ella cien mil francos.

— Vamos, pues, dijo Zancadilla, pongamos ocho meses; pero desde mañana voy á buscar mi banasta.

— No, es mi hipoteca.

— ¿Pero entonces va á continuar corriendo el alquiler?

— Págame mis ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos, y no correrá.

— Pero tú sabes muy bien que no tengo ni el primer sueldo de tus ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos.

— Entonces no te opongas á un arreglo de cuentas.

— Arregla, pero escancia.

Guisote escanció el séptimo ó el octavo vaso de aguardiente á Zancadilla, que ya no contaba, y el lector nos permitirá hacer otro tanto.

— Decíamos, pues, ocho meses á cinco francos, cuarenta francos, más treinta y cinco francos y cincuenta céntimos prestado en diferentes veces.

— En más de sesenta veces.

— Pero te los he prestado, no lo niegues.

— No, reconozco ser tu deudor por la cantidad de setenta y cinco francos y diez sueldos, lo digo á quien quiera oírlo, lo digo muy alto.

— Pues bien, los intereses de setenta y cinco francos y cincuenta céntimos al doce por ciento.

— ¡ Al doce por ciento ! el interés legal es cinco, y seis por tolerancia.

— Mi querido Zancadilla, olvidas los riesgos.

— Es verdad, dijo Zancadilla con un gesto de asentimiento, olvidaba los riesgos.

— ¿ Admites, pues, el doce por ciento ? dijo Guisote llenando de nuevo el vaso de Zancadilla.

— Lo admito, dijo éste, cuya lengua comenzaba á entorpecerse.

— ¡ Pues bien ! dijo Guisote, el primer mes á doce por ciento hace nueve francos y dos céntimos y medio, que han de añadirse á los setenta y cinco francos y cincuenta céntimos, es decir, ochenta y cuatro francos y cincuenta y dos céntimos y medio.

— ¡ Ah ! ¡ con que es al mes ?

— ¿ El qué ?

— Tu doce por ciento.

— Sin duda.

— Pero entonces, eso hace ciento cuarenta y cuatro por ciento al año.

— ¡ Diablo ! hay riesgos.

— Es verdad, dijo Zancadilla cada vez más borracho ; hay riesgos.

— Pues bien, ¿ comprendes bien ahora que me debes ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos ?

— ¡ Oh ! al ciento cuarenta y cuatro por ciento, lo que me admira es no deberte más.

— No, dijo Guisote, no me debes más.

— Es asombroso, dijo Zancadilla.

— Entonces, estás pronto á reconocer que me debes

ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos.

— ¡ Oh ! dijo Zancadilla, ¡ no bastan los ciento setenta y cinco francos !

— ¡ Pues bien ! corriente, suprimo los catorce céntimos, dijo generosamente Guisote.

— No, dijo Zancadilla con aire altanero ; no, señor, no quiero perdonos, dejadlos.

— ¿ No me tuteas ya, Zancadilla ? dijo Guisote.

— No ; veo que he obrado ligeramente al daros el título de amigo.

— Te digo que suprimo los catorce céntimos.

— No, no, no ; no quiero que se les suprima.

— Vamos á comerlos.

— No tengo hambre, tengo sed.

— Entonces vamos á beberlos.

— Corriente.

— ¿ No estás, pues, ya enojado contra mí ? dijo Guisote llenando el vaso de su deudor.

— No, era una broma.

— ¡ Vamos, pues ! ¿ y la prueba ?

— Hé aquí...

— No, dijo Guisote, no quiero pruebas.

— ¿ Pero si yo quiero darte una ?

— ¡ Pues bien ! reconoce desde luego los ciento setenta y cinco francos, dijo Guisote sacando un papel de su bolsillo.

— Sabes muy bien, que yo no sé escribir.

— Haz tu cruz.

— Y la prueba, repuso Zancadilla, es que si quieres darme sólo diez francos, reconozco tus ciento setenta y cinco francos.

— ¡ Bueno ! demasiado tengo adelantado ya.

— Cien sueldos.

- ¡ Imposible !
 — Tres francos.
 — Arreglemos primero las cuentas atrasadas.
 — Cuarenta sueldos.
 — Hé aquí la pluma, haz tu cruz.
 — ¡ Veinte sueldos ! No es digno un hombre de tener un amigo cuando se arriesga á perderlo por veinte sueldos.

— Pues bien, ahí tienes tus veinte sueldos, dijo Guisote sacando de su bolsillo una moneda de quince.

— ¡ Ah ! bien sabía yo que convendrías, dijo Zancadilla mojando su pluma en la tinta.

— Y tú también, dijo Guisote adelantándole el papel.

Alargó Zancadilla la mano para hacer su cruz ; pero se interpuso una sombra entre la luz y él.

Aquella sombra era la de Salvador.

Alargó la mano por la ventana, cogió la obligación que Zancadilla estaba pronto á certificar con aquel símbolo, que entre las gentes del pueblo tiene más valor que una firma, lo desgarró en mil pedazos, y arrojando sobre la mesa setenta y cinco francos y diez sueldos, dijo:

— Hé ahí lo que se os debe, Guisote ; yo soy en adelante el acreedor de Zancadilla.

— ¡ Ah ! Mr. Salvador, dijo Zancadilla rompiendo e vaso sobre la mesa ; tenéis aquí un deudor que, palabra de honor, no lo quisiera yo.

En aquel momento se dejó oír una linda vocecita, como para hacer contraste con la voz avinada del trapero.

— Mr. Salvador, decia la voz, que pertenecía evidentemente á una joven, ¿ queréis llevar esta carta á la calle de Varenne, número 42 ?

— ¿ Al piso tercero, casa de Mr. Baratteau siempre ?

— Si, Mr. Salvador, tiene respuesta ; aquí tenéis cincuenta céntimos.

— Gracias, mi bella niña, voy á desempeñar vuestra comision, y prontamente, estad tranquila.

Y efectivamente, Salvador partió con su más ligero paso, dejando á Guisote en el más profundo asombro, asombro que no tenía igual, á no ser la satisfacción que experimentaba el cazador de gatos en verse reintegrado de sus setenta y cinco francos.

CAPÍTULO VIII.

¿ DONDE EL AUTOR TIENE EL HONOR DE PRESENTAR Á SUS
LECTORES Á MR. FABIOL.

En el momento en que Guisote ponía en su bolsillo los setenta y cinco francos y cincuenta céntimos, en que Zancadilla, completamente borracho, lanzaba su primer ronquido, en que Salvador, que acababa de arrojar sobre la mesa una suma considerable para un hombre de su estado, consentia en hacer por diez sueldos un viaje de media legua, á invitación de la vocecita dulce, apareció Bartolomé Lelong en la puerta de la taberna de la Concha de Oro trayendo del brazo á la señorita Fifina, es decir, á la mujer, que si se ha de dar crédito á Salvador, tenía tan poderosa influencia sobre la vida del carpintero.

La señorita Fifina nada tenía á primera vista que justificase aquel poder inaudito, á no ser que sea una de las leyes del equilibrio de la naturaleza, de que la fuerza esté á veces sometida á la debilidad.

Era una joven alta, de unos veinte á veinticinco años ; nada es tan difícil como decir la edad precisa de una mujer del pueblo de París, envejecida antes de tiempo por la miseria ó por la disolución. Su cabeza pálida, con ojos tiernos, estaba desnuda y tenía unos cabellos rubios, que hubieran parecido soberbios en las sienas de una mujer de mundo ; pero que perdían la mitad de su valor por estar mal cuidados ; el cuello era flaco, pero bien plantado y bastante gracioso en su misma debilidad ; las manos eran bellas ; más bien pálidas que blancas ; una elegante hubiera hecho desaparecer los defectos de ellas ; hubiera doblado sus cualidades, y hubiera llegado con aquellas manos á ser citada por ellas : todo el cuerpo, ondeando bajo su gran chal de lana y bajo su traje de seda un poco viejo, tenía el flexible balanceo de la serpiente y la sirena ; hubiérase dicho que, dejándole sin apoyo, se hubiera doblado como un álamo tierno á impulso del viento ; lo que por último dominaba en todo aquel conjunto, era una especie de perezosa lujuria, que no carecía de encantos, y que se la ve al menos en la influencia ejercida sobre Juan Taureau, que no dejaba de producir resultados.

Él tenía la alegría y el orgullo pintados sobre la frente. Fuese capricho ó indiferencia, la señorita Fífina no consentía con frecuencia en salir con él, excepto cuando le ofrecía conducirla á algún espectáculo : la señorita Fífina adoraba los espectáculos ; pero no quería ir más que á los asientos de orquesta ó á las primeras galerías, lo que llevaba en pos de sí un día de trabajo de Juan Taureau, impidiéndole hacer que la señorita Fífina gozase con tanta frecuencia como él hubiera querido de este aristocrático recreo.

La señorita Fífina había tenido siempre una ambición, la de pertenecer al *teyatro*. Así pronunciaba ella la palabra

que representaba el objeto de su ambición. Desgraciadamente no contaba con la protección necesaria, y además, el vicio de pronunciación que acabamos de señalar también, la hubiera perjudicado desde el principio de su carrera.

Á falta de un primer papel, á falta de un papel secundario, á falta hasta de los últimos papeles, se hubiera contentado la señorita Fífina con figurar en los coros y comparsas, y tal vez aquella ambición, menos elevada que la otra, hubiera sido satisfecha, si Juan Taureau no hubiera dado á entender que no quería por querida una farsante, y que le rompería las costillas si subía á las tablas.

La señorita Fífina se burlaba mucho de las amenazas de Juan Taureau, porque sabía que éste nada le rompería, y que por el contrario, cuando ella quisiese, doblaría como un junco á Juan Taureau. Diez veces, en sus momentos de rabia, la mano del carpintero se había levantado sobre su querida pronta á aniquilarla al caer ; pero se había contentado ella con decir :

— ¡ Eso es ! golpead á una mujer, ¡ eso es muy hermoso, andad !

Y la mano había vuelto á caer inerte como la de un niño.

Juan Taureau tenía el orgullo de su fuerza ; á menos de hallarse horriblemente encolerizado, fuese por los celos ó por la embriaguez, no batallaba más que con los verdaderos obstáculos, despreciando el echar por tierra á lo que no le resistía.

Además de sus momentos de embriaguez y de celos, tenía Juan Taureau otros momentos, en que era bastante peligroso rozarse con él.

Eran sus momentos de remordimientos.

De remordimientos y no de arrepentimiento, entendámonos.

Juan Taureau, bajo su nombre de Bartotomé Lelong, se había casado en legítimo matrimonio diez años antes con una mujer dulce, honrada, trabajadora, de la que había tenido tres hijos.

Al cabo de seis años de felicidad, había encontrado á la señorita Fifina, y desde aquel día databa la vida borrascosa que llevaba, la que sin hacerle á él feliz, hacía infelices á su mujer y sus hijos, que no tenían marido ni padre más que en las horas desagradables y cansadas.

Conocía muy bien el carpintero que su mujer le amaba verdaderamente, mientras que la señorita Fifina ni siquiera se tomaba el trabajo de aparentarlo.

— No, el *ser* á quien la señorita Fifina hubiera amado, hubiera adorado, por el que hubiese hecho locuras, hubiera sido por un actor.

¿Cómo Bartolomé Lelong amaba tanto á una mujer que le amaba tan poco, y cómo la señorita Fifina, amándole tan poco, permanecía con Bartolomé Lelong?

Eso es lo que sólo Descartes, inventor de los átomos ganchudos, podría explicarnos, lo que cada uno de nosotros ha experimentado una vez en su vida, lo que se resume en estas palabras de un amigo mío, á quien preguntaba yo á propósito de él y de su querida:

— Pero no amándoos, ¿por qué permanecéis juntos?

— ¿Qué queréis? nos detestamos demasiado para separarnos.

La señorita Fifina tenía una hija de Bartolomé Lelong, que adoraba en aquella hija; de aquella hija, sobre todo, era de lo que ella se valía para doblegar al coloso y hacerle ir y venir, como el pescador hace ir y venir al pez con el cebo.

En sus días de indolencia, cuando necesitaba, no se sabe

por qué, de la desesperación de aquel desgraciado, le decía con su voz seductora:

— ¿Tu hija? ¿Á quién llamas tu hija? ¿Tienes derecho para llamarla tu hija, estando casado y no pudiendo reconocerla? Además, ¿quién te dice sea tuya? no te se parece.

Y entonces, aquel hombre, aquel león, aquel rinoceronte se arrastraba, se retorcia, mordía el suelo con aullidos de rabia, gritando:

— ¡Oh! ¡desgraciada! ¡desvergonzada! ¡dice que mi hija no es mía!

La señorita Fifina miraba al dogo que roncaba con aquel ojo vidrioso de las mujeres sin corazón; una sonrisa malvada rozaba sus labios, que dejaban ver sus dientes puntiagudos como los de la hiena.

— ¡Pues bien! decía ella, no es tuya; puesto que quieres saberlo.

Entonces, Bartolomé Lelong se convertía en Juan Taureau; se levantaba rugiendo; saltaba sobre aquella mujer de miembros delgados como los de una araña; levantaba sobre ella su puño, pesado como el martillo de un ciclope.

Ella entonces se contentaba con decir:

— ¡Eso es! golpead á una mujer; eso es hermoso, andad.

Entonces Juan Taureau hundía sus manos en sus cabellos, y delirante, aullando, rugiendo, abría la puerta de un puntapié, se precipitaba por las escalaras, y ¡ay del Hércules del Norte! ó del Alcides del Mediodía á quien hubiese encontrado! sólo la debilidad podía encontrar gracia en él.

En una de estas noches era cuando había encontrado á los tres amigos en la taberna de Bordier.

Sabemos cómo habían pasado las cosas, y cómo hubiera

concluido el drama para Bartolomé Lelong por una apoplejía, si Salvador no hubiera llegado á tiempo para sangrarle y para enviarle después de hecha la sangría al hospital Cochín.

Había salido del hospital, como hemos dicho, hacía ocho días, y habiendo encontrado á Zancadilla y Guisote en medio de su discusión de intereses, les había aconsejado que tomaran á Salvador por árbitro, y les había convidado á desayunarse con él en la Concha de Oro.

Á la entrada de Bartolomé Lelong, estaba fuera de combate uno de sus convidados : Zancadilla.

Quedaba Guisote.

Bartolomé Lelong hizo poner tres cubiertos, extendió la mano sobre Zancadilla, que roncaba como un bajón, y pronunció solemnemente estas palabras, bien conocidas :

— ¡ Honor al valor desgraciado !

Después de lo cual, estando abiertas las ostras, se pusieron á la mesa en medio de mil observaciones de la señorita Fifina, que nada encontraba bueno.

— ¡ Oh ! cuán difícil de contentar sois, mi bella niña, dijo Guisote.

— Mirad, no me habléis de eso, dijo Bartolomé Lelong apoyando la palma de la mano detrás de la cabeza y apretando los dientes ; es porque está conmigo ; le parecería mejor un gato en la barrera con su cómico de la legua, su bufón, su payaso Fafiou, que un faisán trufado conmigo en casa de Rocher de Camale, ó de los Hermanos Provenzales.

— ¡ Bueno ! dijo la señorita Fifina con su voz lánguida, aun una nueva idea : hace más de ocho días que ni siquiera he pasado por el boulevard del Temple.

— Es verdad, desde que yo he salido del hospital : pero

antes se me ha dicho que ibas allá todos los días, y que la barraca del señor Copérnico no tenía espectadora más asidua que tú.

— ¡ Es muy posible ! dijo la señorita Fifina con aquel aire de indiferencia que hacía condenar á Juan Taureau.

— ¡ Oh ! si creyera eso, dijo éste torciendo su tenedor de hierro entre las manos, como si hubiera sido un mondadientes.

En seguida, volviéndose hacia Guisote :

— Mira, lo que me descorazona es, que siempre se enamore de criaturas que no son hombres, de boquirrubios á quienes comería si no me avergonzase de habérmelas con semejantes muñequillos : hay personas á las que no me atrevo á tocar, porque tocándolas las desharía. Palabra de honor, Guisote ; quisiera que viérais á ese Fafiou y diriais como yo : ¿ qué es eso ? eso no es un hombre.

— ¡ Diablo ! hay gustos de todas clases, dijo la señorita Fifina con su voz lánguida.

— ¡ Entonces, confiesas que le amas ! exclamó Juan Taureau.

— No digo que le ame, digo que hay gustos de todas clases.

Lanzó Juan Taureau una especie de rugido, y rompiendo su vaso contra las losas de la taberna, dijo :

— ¿ Qué es esto ? ¿ qué vasos son estos, mozo ? ¿ Crees que Juan Taureau tiene la costumbre de beber en dedales ? Tráeme una copa grande.

El mozo estaba acostumbrado á las maneras de Juan Taureau, que era parroquiano : puso, pues, sobre la mesa el objeto pedido, que podría contener media botella, y se puso á recoger los fragmentos del vaso roto.

Llenó Juan Taureau su nuevo vaso hasta el borde, y lo vació de un trago.

— ¡ Bueno ! dijo Fifina, esto comienzo bien ; conozco esto ; en veinte minutos habrá necesidad de llevaros borracho, perdido ; tenéis para dormir diez ó doce horas, y yo, mientras tanto, iré á dar una vuelta por el boulevard del Temple.

— ¿ Tendrá corazón ? preguntó Bartolomé Lelong á Guisote con voz llorosa. Lo hará como lo dice por lo ménos.

— ¿ Por qué no, pues ? dijo la señorita Fifina.

— Siuviéseis una mujer igual, compadre Guisote, sed franco, ¿ qué diríais de ella ? dijo Bartolomé Lelong.

— Yo, dijo Guisote, la cogería por *las palas de atrás* y plan, le daría el golpe del conejo.

— ¡ Sí, pero es gato ! murmuró la señorita Fifina, os aconsejaría que viniéseis á rozaros con él, á vos y á él.

— Mozo, ¡ vino ! dijo Juan Taureau.

En el momento en que aquellos primeros síntomas de irritación comenzaban á manifestarse en la Concha de Oro, entre Bartolomé Lelong y la señorita Fifina, un joven alto, flaco, afilado, huesoso ; de cuello largo, como el mástil de una guitarra ; de mejillas descoloridas, como pasta de malvavisco ; de nariz remangada, como un cuerno de caza ; de ojos fieros, empañados y á flor de cabeza, como los de un becerro ; de cabellera color de mostaza, con máscara de bufón en una palabra, que excitaba la risa en todos los transeúntes, á pesar de la imperturbable gravedad del personaje que era objeto de ella, desembocaba en la plaza de los Mercados, por aquella grande arteria encargada de alimentarla, y que se llama la calle de San Dionisio. Lo que además contribuía á hacer aquella figura más grotesca, era

el extraño sombrero que le servía de marco, al mismo tiempo que proyectaba su sombra sobre ella.

Aquel sombrero era uno de esos tricornios que la generación que ha seguido á la nuestra no ha visto más que en recuerdos ó por tradición sobre la cabeza de Jeannot.

Así que, cuando el nuevo actor que ponemos en escena se aventuró en medio de la población burlona del mercado, que fué todo el tiempo que tardó en salvar la distancia que le separaba de la Concha de Oro, una carcajada inmensa recorrió en el mismo instante todo el mercado, como hubiera hecho la conmoción de una centella eléctrica.

Pero él, como un sacamuertos, que no se cree obligado á estar triste porque los demás lo estén, tampoco se creyó obligado á estar alegre porque los demás lo estaban ; pasó, pues, él, el último tricornio, por en medio de aquella fila de burlones, con la flemma de un hombre civilizado que pasa por en medio de una tribu salvaje, y llegó al término de su viaje en una docena de zancadas.

Aquel término era incontestablemente Salvador, porque llegado á la puerta de la Concha de Oro, se detuvo enfrente de las angarillas, que representaban al mandadero ausente, y con un gesto superlativamente cómico, descubrió con una mano su cabeza, mientras que con la otra cogía un puñado de sus cabellos amarillos diciendo :

— Ahí, justamente, y no está.

Subióse sobre un guardacantón, y miró en torno suyo : ni el menor indicio de Salvador.

Informóse de los grupos que le rodeaban, y que al verle subir sobre un guardacantón se habían formado inmediatamente en círculo, como si hubiesen esperado asistir á una parada ; ninguno de los espectadores pudo decirle precisamente dónde estaba el que buscaba.

Entonces se le ocurrió una idea, que Salvador estaría tal vez en la taberna de la Concha de Oro.

— ¡ Toma ! ¡ cuán bestia soy ! dijo en voz alta.

Y bajando de su guardarruedas, pedestal adaptado admirablemente á la estatua que había sostenido hacía un instante, avanzó hacia la taberna de la Concha de Oro.

Á la sombra que proyectó al pasar por delante de la ventana, se volvió vivamente Bartolomé Lelong, como si un escorpión le hubiese picado, exclamando :

— ¡ Oh ! no me equivooco.

Y en el instante mismo, sus ojos pasaron de la ventana á la puerta de la calle, en la que parecieron clavados, mientras que murmuraba por lo bajo :

— ¡ Que venga ! ¡ que venga ! yo no voy á buscarle ; ¡ pero si viene !...

En aquel momento, el personaje á quien acabamos de seguir en su curso, que había despertado tan grande hilaridad en el mercado, y que parecía excitar tan violenta cólera en Bartolomé Lelong, apareció en la puerta, y como si hubiera tenido la facultad de la tortuga, dejando su cuerpo en la taberna misma, alargó su cabeza á la sala del fondo, buscando con sus ojos entorpecidos, un hombre que nosotros sabemos era Salvador, mientras que Juan Taureau, creyendo que buscaba una mujer, y que aquella mujer era la señorita Fifina, exclamó con voz terrible y poniéndose pálido como un difunto.

— ¡ Mr. Fafiou !

En seguida, volviéndose hacia su compañera :

— ¡ Ah ! ¡ habéis consentido en salir conmigo porque le habéis dado cita aquí, Fifina ?

— Toma, puede ser, respondió la señorita Fifina con su voz lánguida.

Juan Taureau no lanzó más que un grito, no dió más que un salto ; en un segundo estuvo sobre el desgraciado Fafiou, á quien cogió por el cuello, y le sacudió absolutamente lo mismo que un escolar sacudé en el mes de mayo una haya joven, para hacer caer de ella los saltones.

En cuanto á Fafiou, no había tenido tiempo de recombrarse, y se encontraba en manos de su terrible adversario aun antes de darse cuenta del peligro que corría.

El peligro era grande ; así que, lanzó gritos lamentables.

— ¡ Mr. Bartolomé ! ¡ Mr. Bartolomé ! decía el desgraciado con voz sofocada, os juro que no venía por ella, os juro que no sabía que estuviese aquí.

— ¿ Pues por quién venías, miserable ?

— Pero no me dejáis tiempo para deciroslo.

— ¿ Por quién venías ?

— Por Mr. Salvador. ¡ Ah ! me ahogáis. ¡ Cuidado !

— ¿ Por quién venías ?

— Por Mr. Salvador. ¡ Socorro !

— Te pregunto por quién venías.

— Venía por mí, dijo detrás del desgraciado Fafiou una voz grave y dulce, aunque llena al mismo tiempo de firmeza. Soltad, pues, á ese hombre, Juan Taureau.

— ¿ De veras ? preguntó Juan Taureau ; ¿ de veras, Mr. Salvador ?

— Sabéis que nunca miento. Soltad á ese hombre, os digo.

— Á fe mía que era tiempo de que llegaseis, Mr. Salvador, dijo Bartolomé Lelong soltando á su víctima y respirando con igual ruido al que hace el mismo animal cuyo nombre había tomado.

Mr. Fafiou iba á perder el pasa-pan, y Mr. Galileo Copérnico, cuñado de Mr. Zozo del Norte, se hubiera visto

obligado aquella noche á hacer su función sin payaso.

Y volviendo desdeñosamente la espalda al que él miraba como su rival preferido en el corazón de la señorita Fifina, dejó á Mr. Fafiou salir tranquilamente de la taberna detrás de Salvador.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE TRATA DE FAFIOU Y DE MAESE COPÉHNICO, Y DONDE EL AUTOR ESTABLECE LAS RELACIONES QUE EXISTÍAN ENTRE ELLOS.

Volvió Salvador á tomar su puesto habitual contra la pared.

Fafiou le seguía ensanchando su corbata para dar aire á su garganta.

— ¡ Ah ! Mr. Salvador, dijo, os debo un gran favor ; es la segunda vez que me salváis la vida, palabra de honor. Así que, si puedo haceros un servicio á mi vez, no me cansaré de deciroslo, disponed absolutamente de mí.

— Tal vez vaya á cogerte la palabra, Fafiou, dijo Salvador.

— ¡ Oh ! en verdad, Dios mío, que hariais en ese caso un hombre feliz. ¡ Yo, Fafiou, soy quien os lo digo !

— Te esperaba, Fafiou.

— ¡ De veras ?

— Y desesperando casi de verte, iba á escribirte.

— Es verdad que he tardado, Mr. Salvador ; pero ¡ diablo ! he encontrado á Musette (dulzaina) sola, y cuando encuentro á Musette sola, ¡ diablo ! me dedico á decirle que la amo.

— Pero entonces, ¿ amas á todas las mujeres, libertino ?

— ¡ Oh ! no, Mr. Salvador, no amo más que á Musette, tan cierto como me llamo Fafiou.

— ¡ Y la señorita Fifina ?

— No la amo, ella es la que me ama ; ella la que corre en pos de mí ; pero yo, cuando la veo por una acera, me voy por la otra.

— Te aconsejo que hagas otro tanto cuando veas á Juan Taureau, porque no siempre estaré allí á punto para sacarte de sus manos.

— ¡ Es un hombre brutal ! Pero le perdono, ¡ porque cuando se está celoso !.....

— ¡ Ah ! ¿ tú eres también celoso ?

— Como el tigre de la reina Tamatava.

— Entonces, ¿ es á Musette á quien amas ?

— Hasta el punto de morir de consunción. Ved el estado en que me encuentro ; el amor come toda mi grasa, palabra de honor.

— Si tan enamorado estás de Musette, ¿ por qué no te casas con ella ?

— No quiere su madre.

— Entonces, es preciso tomar buenamente su partido, hijo mío, y renunciar á ella.

— No. ¡ Renunciar á ella ! ¡ Ah ! si. Tengo paciencia y esperaré.

— ¡ Qué has de esperar ?

— Esperaré á que no tenga madre, esto no puede menos de sucederle un día ú otro.

Salvador sonrió imperceptiblemente al ver la feroz resignación con que Fafiou aguardaba la muerte de su suegra, para casarse con la muy amada de su corazón.

Que los lectores pesimistas no formen, sin embargo, por